

POR GUIPÚZCOA.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

Un ilustre escritor del siglo XVII, el Carmelita descalzo Fray Jerónimo de San José, nos dice con frase animada y pintoresca que la historia «es la que hace presente lo pasado, cercano lo distante, notorio lo secreto, perpétuo y casi eterno lo caduco, constante lo voluble, y la que ofrece á la vista muchas veces lo que se vió sola una vez, y aún apenas alguna. Ella renueva lo viejo, acuerda lo olvidado, resucita lo difunto, y con una casi divina virtud restituye á las cosas su antigua forma y ser, dándoles otro modo de vida no ya perecedera, sino inmortal y perdurable. Ella, finalmente, como testigo de los tiempos, nuncia de los siglos, luz de la verdad, vida de la memoria, espuela de la virtud, archivo de la posteridad, monumento de la antigüedad, incentivo del valor, estímulo de la gloria, tesoro de la prudencia, oficina de las artes, teatro de las ciencias, madre de los aciertos, y espejo limpio de las acciones y costumbres humanas, es la universal maestra de la vida».¹

Difícil es pintar con más arte y gallardía la dignidad augusta de la historia. No es esta, á los ojos del venerable Carmelita aragonés, montón de hechos agrupados sin concierto, y formando á manera de intrincada y laberíntica selva. Es, por el contrario, cuadro vivo y palpitante de lo pasado, y á componerle acuden, cual solícitos siervos, ciencias y conocimientos varios, armonizados por el historiador, y enlazados con ese sello de unidad, que es condicion *sine qua non* de las obras artísticas, si estas han de ser lozanas y vivideras.

Despréndese de aquí la dificultad de escribir la historia de una manera digna de su majestuosa grandeza, y la necesidad imperiosísima

(1) Fr. Jerónimo de San José. — *Génio de la historia*.

de una serie de trabajos preparatorios que vengán á allanar el camino y á limpiarle de toda broza, á fin de que por él pueda andar con desahogo quien recibió del cielo luz y alientos para realizar la empresa árdua, magna y gloriosísima de ofrecer á los hijos de un pueblo el cuadro de lo que fueron sus progenitores.

Guipúzcoa tiene mucho que trabajar en este sentido. Los ensayos que hasta ahora se han hecho, nobilísimos todos y merecedores de sincero aplauso, no podían llegar á ser definitivos. El esfuerzo individual, tanto más meritorio cuanto más aislado, tropieza á cada instante con obstáculos graves que solo puede salvar el tiempo y la suma de diversos trabajos, distribuidos entre varias personas, y encaminados á un solo fin.

Antes de escribir de una manera definitiva la historia de un país, se necesita sacar á luz lo que yace en sombras, recoger los datos dispersos, depurar en el crisol de una severa crítica lo que la tradición nos cuenta, interrogar á las piedras su origen, á las razas su procedencia, no fatigarse nunca en la investigación de la verdad, buscándola sin cesar como el norte de nuestros pensamientos, y sacrificando, si necesario fuese toda preocupacion personal y todo prejuicio.

Para que esto pueda hacerse, es indispensable de todo punto que las Corporaciones oficiales del país cuya historia se trata de estudiar, concedan á estos trabajos preparatorios su decidida cooperacion y auxilio. Allí donde no alcanza la iniciativa particular, alcanza el poder de las Corporaciones populares. Tienen estas á su disposicion mil elementos de que no puede disponer quien emprende esa clase de obras sin su ayuda. Por eso mismo es más loable cuanto hagan las mencionadas Corporaciones por favorecer empresas de esta índole, y desarrollar la aficion á los estudios históricos.

Estimándolo así la Comision provincial de Guipúzcoa ha acordado la exploracion de varios archivos municipales, como base para emprender mañana un trabajo de extraordinaria importancia: el arreglo y ordenacion de los de todos los pueblos de la provincia.

Confíoseme el grato y honrosísimo encargo de examinar esos archivos; y creería faltar á un deber sagrado si, como fruto de ese exámen no lanzase á la luz pública mis impresiones y recuerdos, á fin de que, divulgándose noticias hoy no muy conocidas ó del todo ignoradas, se acreciente y desarrolle la aficion al conocimiento de nuestro pasado. ¡Ojalá acertase á exponer con lucida amenidad cuanto mi es-

píritu ha bebido en esa agradabilísima excursión para que lo torpe y desmañado de la ejecución no dañe á los frutos de la obra!

Obligado á elegir los pueblos que había de visitar, escogí de propósito aquellos ménos conocidos, á donde no han podido llegar ni los investigadores de nuestra historia, ni los horrores de la guerra, absolutamente incompatibles con todo linaje de trabajo reposado y tranquilo, y causa de perdición de innumerables preciosísimos manuscritos. Así abrigaba la esperanza de gozar del placer purísimo de encontrar mundos nuevos, no hollados todavía por planta de historiador, y esperaba, asimismo, que lo que no me dijera el viejo pergamino, me lo dirían las ruinas de vetusto edificio ó la voz rumorosa de la tradición, que enlaza misterios de ayer con misterios de mañana.

La generosa cooperación que he encontrado en cuantos, por una ú otra causa, podían servirme de valiosos auxiliares, me ha facilitado sobremanera el trabajo. Justo es, pues, que á todos ellos envíe el testimonio de mi sincera gratitud.

No he de terminar aquí mis apuntes preliminares, sin exponer que estas excursiones despiertan y avivan en los pueblos la afición á la historia y les hacen mirar con aprecio y cariño los monumentos y recuerdos de las edades pasadas. Así lo he visto prácticamente en cuantos lugares he visitado, en los cuales se celebraba como acontecimiento memorable la averiguación de un dato oculto, que viniera á ilustrar algún punto obscuro de la historia local.

Es, por otra parte, casi indispensable la realización de estas expediciones, si la filología, aquí más que en parte alguna imprescindible auxiliar de la historia, ha de revelarnos muchos misterios históricos, cuyo conocimiento solo podemos obtener por medio de la lengua milenaria de Aitor. La mayor parte de los pueblos de este país llevan nombres que expresan su situación topográfica, y es difícil dar con la verdadera etimología, mientras no se conozca la situación que ocupan. Pudiéramos citar numerosísimos ejemplos de errores etimológicos, originados por esta causa; pero nos abstenemos de hacerlo, porque, sobre ser larga la enumeración, no la creemos necesaria, pues en el curso de estos apuntes tendremos ocasión de rectificar alguno de bulto, y *ab uno dicit omnes*.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se continuará).





POR GUIPÚZCOA.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

(CONTINUACION)

VILLAFRANCA.

Este fué el primero de los pueblos que visité. No lo escogí porque haya permanecido alejado del comercio del mundo y libre de los horrores de la guerra, sino porque allá me llamaba confuerza irresistible la memoria de un gran varon, á quien estimo y considero como una de las glorias mas altas y esplendorosas de nuestra provincia. A cualquiera que tenga nociones, siquier superficiales, de la historia de Guipúzcoa, no es necesario decirle que el hombre ilustre, cuyo recuerdo evoco con tanta veneracion y amor, es el sábio cosmógrafo Fr. Andrés de Urdaneta, de la Orden de San Agustin, que nació en 1498.

Los elogios que le han tributado quienes no podian estar cegados por el afecto de paisanaje me impulsaron, hace ya algun tiempo, á estudiar con detencion y ahinco la vida de este egregio guipuzcoano, cuya fama fué tal en su tiempo, que sobresalió entre los marinos más audaces y entendidos, y entre los exploradores más dignos de eterna alabanza, mereciendo que Fr. Gaspar de San Agustin, en su *Conquista temporal y espiritual de las Islas Filipinas*, estampe estas significativas palabras en su loor: «Con estos tan árduos viajes y peregrinaciones (que hizo para eldescubrimiento del Maluco é Islas de la Especería)

llegó á ser el mayor hombre que en su tiempo se hallaba en el arte náutica, á que se añadía el ser tan eminente y consumado en las matemáticas, y tan capaz de las cosas tocantes al mar del Sur, que parece habia examinado sus más ocultos senos; y fué el que primero tuvo el conocimiento del viento que los marineros llaman huracan».

En idénticos términos se expresa el cartujo Fr. Estéban de Salazar en sus *Veinte discursos sobre el Credo*, obra rarísima, de la cual apenas puede encontrarse ejemplar alguno, á pesar de las diversas ediciones que de ella se hicieron en corto número de años, desde la impresa en Granada en 1577 hasta la estampada en Alcalá en 1595.

Urdaneta no sólo fué cosmógrafo aventajadísimo: de sus dotes como político y colonizador y como celoso misionero, tenemos prueba sobremanera elocuente en la conquista de Filipinas, llevada á cabo, bajo su acertada direccion, por su amigo y compañero el célebre Miguel López de Legazpi. En el Archivo de Indias puede verse una carta en que Legazpi expresa al Rey los servicios extraordinarios que prestó Urdaneta en aquella admirable conquista. «Así en lo espiritual, como en lo temporal, no venia en la armada persona que nos diese lumbre, si no fué la suya», dice aquel curioso documento que nos revela la estimacion y respeto profundo que Urdaneta inspiraba á los que le acompañaron en tan memorable y gloriosa expedicion.

Arduas fueron en verdad las realizadas por él en el curso de su vida. Su infancia permanece envuelta en sombras: solo nos consta que pertenecía, por ambas líneas paterna y materna, á familias de la más calificada nobleza guipuzcoana. A su padre Juan Ochoa de Urdaneta le encontramos de Alcalde de Villafranca en 1511: su madre Gracia de Cerain procedia de la casa solariega de este nombre, una de las allanadas en virtud de la célebre disposicion que Enrique IV dictó en 1457 para poner fin á las desgarradoras y malditas contiendas de oñacinos y gamboinos, que traían conturbado el país. Cuenta la tradicion que Urdaneta comenzó el estudio de la carrera sacerdotal, pero que habiendo perdido á su padre, cuando aun era casi niño, se alistó, llevado de sus entusiasmos juveniles, en la milicia, y allí dió pruebas de su valor é intrepidez, tomando parte en las memorables campañas de Flandes y de Italia, que pusieron el sello á la reputacion de la infantería española.

Corta debió ser su permanencia en el ejército, pues ya en 1525 figura en la expedicion organizada en la Coruña, bajo la direccion del

Comendador Loaisa, para el Estrecho de Magallanes. Esta expedición, cuyos azares fueron tantos y tan desastrosos, sirvió para revelar el extraordinario temple de alma de Urdaneta y sus nada comunes conocimientos cosmográficos. En aquella expedición, en la cual iba como segundo el inmortal Elcano, había no pocos bascongados, y todos ellos debían estar unidos por vínculos de estrecha y cariñosa amistad: así se deduce de las relaciones coetáneas y del testamento de Elcano, muerto en el mar del Sur en brazos de Urdaneta, legando á éste varias mandas curiosísimas. Los restos de la armada, maltrecha por los temporales, arribaron al Archipiélago de las Molucas, tras penalidades sin cuento, soportadas con heroica resignación; pero la llegada á puerto no fué en semejante ocasión señal de ansiado descanso, sino comienzo de una tenacísima lucha, que las mermadas fuerzas españolas tuvieron que sostener con los portugueses dueños de aquellas islas, cuya posesión y dominio se disputaban el Rey de Portugal y el invicto Emperador Cárlos V. Cedió éste sus pretensiones en 1529, y Urdaneta, que durante su permanencia en las Molucas, había dado pruebas de asombroso valor, volvió á Europa, llegando á Lisboa en una nave de las Indias Orientales, no sin padecer en la travesía muy serios peligros.

Llegado á España, quiso dar cuenta de sus descubrimientos al Emperador, pero éste se hallaba ocupado en la guerra de Túnez, y Urdaneta partió para México. Aquí perdemos el hilo de los sucesos que se relacionan con la vida de Urdaneta, y se abre una laguna, hasta el año de 1552, en que anheloso de consagrar su grande espíritu á lo único que podía llenarle, vistió el hábito religioso en el convento de San Agustín de México. Desde entonces, ya es más conocida la vida de Urdaneta: á sus anteriores lauros de explorador y de cosmógrafo, agrega los de celoso misionero, y es corona de su fecunda vida la inolvidable conquista del Archipiélago filipino, realizada con tan prudentes medios que aun hoy podemos citar con orgullo como modelo de conquistas. La parte que cupo á Urdaneta en aquella expedición, es principalísima: ya hemos dicho que por indicación suya, se confió á Legazpi el mando de ella. Y no es de olvidar tampoco que él fué quien llevó á aquel remoto archipiélago á los frailes agustinos, á cuyo acendrado patriotismo se debe la españolización de las Filipinas. Urdaneta, con prevision admirable, advirtió que el que á hierro mata á hierro muere, é indicó á Legazpi las armas que debía esgrimir para la conquista del Archipiélago: la Cruz y no la espada: la caridad y no la

fuerza, sino en casos extremos. Gracias á esa acertada conducta, en pocos años quedó sólida y definitivamente asentado en tan lejanos países el dominio de España.

Urdaneta, después que dejó á Legazpi en Filipinas, volvió nuevamente á México, y allí murió en 1568, dejándonos, en prueba de su saber y de sus aptitudes náuticas varios informes y memorias de no escaso mérito.

Casi siento pesadumbre de haber dedicado tan pobre recuerdo á varon de tan eximias cualidades. Merecedor es de algun estudio más reposado y menos indigno de su memoria, y quizá no transcurra mucho tiempo sin que alguien se lo dedique.

Pero, por otra parte, trazar las impresiones que experimenté en Villafranca, y no evocar con cierta detencion la venerable figura de Urdaneta, hubiera sido tanto más digno de censura, cuanto que uno de los recuerdos que más indeleblemente se grabaron en mi alma, es el del caserío Oyanguren, donde es fama que nació aquel. Jamás olvidaré la tarde en que subí allá; ni las encontradas emociones que sentí al guarecerme bajo aquel techo que en otro tiempo cobijó á uno de los hombres más eminentes de la Euskal-erria. Si los arboles centenarios que en torno del caserío forman tupida bóveda de follaje pudieran hablarnos ¡cuántos misterios hoy impenetrables nos podrían revelar! Mas no pidamos imposibles. Contentémonos con lo que la paciente y concienzuda investigacion nos descubra, que ello será bastante para despertar en nuestro pecho viva y profunda admiracion, pues no todos los días nacen hombres como Urdaneta, ni todos los pueblos pueden ufanarse de haber contado en su seno hijos de tan peregrinas y envidiables dotes.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se continuará).





POR GUIPÚZCOA.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

(CONTINUACION)

Consagrado este pobre recuerdo al gran Urdaneta, justo es que trate del pueblo en que vió la primera luz.

Villafranca está situada, como casi todos los pueblos de Guipúzcoa, en lugar ameno y deleitoso. El horizonte está recortado al Norte y al Ocaso por la montaña de Usurbe, de rápida pendiente; pero en cambio, al Este y al Mediodía puede admirarse un espléndido panorama cerrado por una cadena de altas y soberbias estribaciones de la cordillera pirenaica. Descuella en esta cadena el cónico y gigantesco pico de Aralar, cuya extremada blancura contrasta con el verde-oscuro que domina en las colinas que rodean á Villafranca. Cerca del pueblo, y en esa misma direccion, se extiende una pequeña vega, por cuyo centro serpentea el Oría, no muy caudaloso en los meses del estío.

Pocos espectáculos más hermosos para quien tenga vivo en su pecho el sentimiento de la naturaleza, que contemplar desde Villafranca el majestuoso salir de la luna en una espléndida noche de

verano. Allá detrás de Aralar se ve una claridad ténue, casi imperceptible, que va aumentando por momentos, hasta que lentamente se levanta el astro de la noche, y derrama sus argentados fulgores sobre aquella naturaleza silenciosa, que yace en reposo inalterable. El verde-oscuro de los bosques se hace más oscuro todavía: en cambio, la blancura de las pétreas cumbres de Aralar se torna nívea; y en medio de aquella majestad y aquella aparente mudez parecen percibirse notas que el oído no escucha, pero que penetran calladamente en el alma, y la envuelven en una aureola de suave y celestial poesía. Entónces vienen irresistiblemente á los labios aquellos soberanos versos del cantor de la *Noche serena*:

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sombra y en olvido sepultado...

ó aquellos otros de uno de los más tiernos y delicados vates de la Euskal-erria:

¡Izar gurea! Irten zaitea,
Umezurtz gaude munduan,
Esanaz negon; ta illargia
Ateratzen zan orduan...

¿Qué han sido antaño estos campos rientes, cuya contemplacion nos embelesa, y nos infunde tan encantadora placidez?

Preguntémoselo á la historia.

Villafranca fué fundada en virtud de privilegio expedido por Alfonso el Sabio en Sevilla á 30 de Junio de 1268. Antiguamente se llamaba Ordicia, y estaba situada donde hoy se ve la ermita de San Bartolomé.

Pero antes de esta época encontramos datos relativos al territorio en que se halla erigida esta villa. El valle de Ozcue, de que habla el instrumento de demarcacion del Obispado de Pamplona, otorgado por Sancho el Mayor de Navarra en el año de 1027, corresponde indudablemente á la agrupacion de pueblos que posteriormente se ha conocido con el nombre de Bozue. Y no se ignora que Villafranca pertenecía á la comunidad de Bozue menor.

A medida que avanzaban los tiempos, y se sentian nuevas necesidades, se hizo indispensable que la poblacion antes diseminada, se

agrupase. A ello contribuyó, sin duda, la union de Guipúzcoa á Castilla, porque esta union, y las deplorables contiendas que á consecuencia de ella surgieron entre Navarra y Guipúzcoa, obligaron á esta provincia á organizarse para la defensa de su territorio. Por ello se fundaron tantas villas guipuzcoanas en los siglos XIII y XIV; y por ello, también, mientras por todas partes cundía la descentralizacion, aquí se notaban corrientes opuestas, y las gentes fronterizas á Navarra tendian á constituir pueblos de consideracion y de importancia. Tolosa, Villafranca y Segura, crecieron entonces extraordinariamente: he visto una escritura de concordia del año de 1461, segun la cual, Segura y Villafranca se repartían la que hoy es villa de Astigarreta; y consta de una manera positiva que Villafranca abarcaba los lugares de Alzaga, Arama, Ataun, Beasain, Gainza, Isasondo, Legorreta, Zaldivia y parte de Lazcano, aunque cada uno de ellos gozaba de cierta autonomia en órden á la administracion.

Cuando ya desaparecieron los motivos generadores de esta agrupacion de pueblos, cada uno de ellos empezó á mostrar deseos de emancipacion é independencia. Ya no podían abrigarse temores de invasion por parte de Navarra, porque el antiguo y glorioso Reino Pirenaico habia entrado á formar parte del Reino unido de Castilla y Aragon, no ciertamente por medios muy lícitos y recomendables; ya los bandos oñacino y gamboino, cuyas malditas campañas contribuyeron al acrecentamiento de los males que sufrió Guipúzcoa en la Edad-Media, habian desaparecido en absoluto, no dejando en pos de sí sino el doloroso recuerdo de sus devastaciones y el ánsia viva de evitarlas en lo sucesivo; ya los aventureros, que favorecidos por aquel espíritu de insubordinacion y de discordia, se lanzaban al campo en épocas azarosas, y ponían en grave aprieto á los pacíficos moradores de las montañas alejadas de las vías de comunicacion, no encontraban ocasion propicia para llevar á la práctica sus perversos designios. Entonces, como los hijos mayores de edad que se emancipan de la tutela paterna, creyeron aquellos lugares que podían vivir por sí, sin necesidad de sujetarse al amparo de otro más poderoso que ellos; y tras largas y laboriosas gestiones, obtuvieron en 1615 su segregacion de Villafranca. Solo las casas de Lazcano que formaban parte de esta villa, continuaron agregadas á ella hasta el año de 1648, en que también se separaron, pagando á Villafranca por su separacion la suma de doscientos ducados de plata doble.

El día 18 de Marzo de 1512 sufrió esta villa un horroroso incendio, de cuyas resultas quedó totalmente arrasada. «Día jueves, después de amanecido», dice un documento que he tenido á mi vista. Tan angustiosa llegó á ser, á consecuencia de aquella quema, la situación de los moradores de Villafranca, que solicitaron el amparo y la ayuda de la Provincia, y esta, congregada en Juntas generales en la villa de Zumaya adoptó, con fecha 28 de Abril del mismo año el siguiente acuerdo: «que, visto el daño é pérdida grande que avían rescuido e el poco aparejo que tenían para su rehedificación, e considerando la hermandad que con ellos tenían, porque mejor se esforçasen á rehedificar por vía de socorro e ayuda dixieron que mandauan e mandaron socorrer e ayudar en diez años primeros siguientes en cada junta general, de los repartimientos que en ellas se obieren de hazer con cada cinco mill maravedís de la moneda que se usa repartir en cada repartimiento que se hazen dos juntas generales e en ellas dos repartimientos que vienen en cada año diez mill maravedís, con los cuales dichos repartimientos e con cada uno dellos dixieron que mandauan e mandaron á los cogedores que se ubieren de crear e nombrar en las dichas juntas generales de los dichos diez años primeros siguientes en todos e cada uno dellos que acudiesen con los dichos cinco mill maravedís en cada repartimiento al conçejo de la dicha villa de Villafranca ó á quien su poder para ello ubiere para la rehedificación e reparo de la dicha villa e asy mysmo dixieron que mandauan e mandaron á su escribano fiel o a cualquier su teniente que en cada repartimiento de los dichos diez años que bienen veynte repartimientos pusiesen e asentasen los dichos cinco mill maravedís e ello fuese á su cargo del dicho Escribano fiel sin que la Provincia nyn otro alguno tubiesen cargo dello, con tal que la dicha villa de Villafranca fuese tenydo de pagar su foguera segund que hasta agora avian vsado de pagar e pagauan»...

También la Reina doña Juana acudió en auxilio de los vecinos de Villafranca, y por privilegio expedido en Burgos á 15 de Mayo de 1512, despues de una amplia y curiosísima informacion, les autorizó la celebracion de un mercado semanal franco, al cual afluirian—así se dice en la informacion mencionada—hasta frutas del Reino de Aragon. ¿De qué medios de comunicacion se valdrian aquellas gentes para que pudieran realizarse estas esperanzas, y la fruta llegase buena?

Otra merced importante les hizo D.^a Juana por documento fechado en Valladolid á 16 de Octubre de 1514, y fué la de 41845 maravedís de renta en las alcabalas por espacio de cinco años.

Con tan valioso auxilio, bien pronto se levantó de nuevo Villafranca á su antiguo poderío. Y á pesar de habersele ido segregando los lugares que formaban su jurisdiccion, ha conservado y conserva cierta prepotencia entre todos los pueblos comarcanos.

Son curiosas las noticias que nos quedan respecto á la forma como se celebraba en Villafranca la proclamacion de los Reyes, y las honras fúnebres que se dedicaban á los Monarcas que pasaban á mejor vida. Para estas ocasiones solemnes conservaba la villa en su Casa Consistorial un cañon de hierro, que desapareció á principios de este siglo. No se sabe la relacion que este cañon puede tener con el que aparece como trofeo en el escudo de armas de la villa. Dice Gorosabel que segun tradicion muy admitida, es símbolo de alguno que en accion de guerra cogieron al enemigo los hijos de Villafranca.

Antes de 1841, y cuando los Ayuntamientos de este país se regían por el sistema foral, el gobierno municipal de Villafranca se fundaba en las ordenanzas aprobadas por el Consejo de Castilla. Segun ellas, su Ayuntamiento debia componerse de un Alcalde, de un Teniente que le sustituyera en ausencias y enfermedades, de dos regidores y un síndico procurador general; á los cuales se aumentaron despues dos diputados del comun y un síndico personero, con arreglo al auto acordado de 5 de Mayo de 1766.

Pocos edificios notables encierra Villafranca. La iglesia parroquial, de una sola nave, nada tiene digno de atencion bajo el aspecto artístico. Es edificio de no mucha antigüedad: no se remontará su construccion más allá de los primeros años del siglo XVII, pero hay algunos detalles que revelan la existencia anterior de una iglesia en el mismo solar que ocupa la actual: en el muro exterior puede observarse un arquito ojivo que no dice bien con el estilo actual del templo, y es signo de que, al derrumbarse ó modificarse la parroquia que antes indudablemente existiría, quedaron sin variacion algunos restos, como para darnos fe y testimonio de que allí hubo en tiempos más ó menos remotos un edificio destinado al culto. La torre es moderna: fué levantada en el año de 1783.

La Casa Consistorial se edificó entre los años de 1830 y 1832. Tiene un espacioso salon, donde se han congregado varias veces los inolvidables Procuradores junteros de Guipúzcoa, para tratar de las cosas tocantes al servicio de su tierra. Ahora se trata de colocar en él, con muy buen acuerdo, un retrato del ilustre Urdaneta. Basta la mera

enunciacion de la idea, para que desde luego sea acogida con aplauso por todos los amantes de las glorias del país.

El archivo municipal no carece de importancia. Allí he visto el privilegio otorgado para el fomento de la poblacion por Alfonso el Sabio en 1268; allí, varios curiosos pergaminos del siglo XV, relativos á la cuestion de aprovechamiento de pastos de los montes Aralar y Enirio, y á la comunidad que para su disfrute tenian formada los pueblos colindantes: allí los libros del Ayuntamiento de casi todo el siglo XVI, de cuyo detenido y maduro examen pueden aportarse datos inapreciables, desdeñados por los historiadores antiguos, pero importantísimos para mostrarnos el estado social de Guipúzcoa en aquel tiempo: allí sendas escrituras y documentos diversos de carácter judicial, que entre muchísima escoria, contendrán seguramente algunos granos de oro puro. ¡Feliz quien, con reposo y tranquilidad bastante, y con ansia indeficiente de saber y de vivir en íntima comunicacion con las generaciones que fueron, sepa aprovecharse de esos granos, y, limpios del polvo que los deslustra, hacerlos brillar á la luz del mediodía! Quédese para el afortunado mortal á quien el cielo depare este placer del espíritu, la tarea honrosísima de seguir paso á paso la historia de Villafranca, y de mostrarnos en discreta monografía el nacimiento y desarrollo de aquella villa, por más de un título digna de atencion y estudio.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se continuará)





POR GUIPÚZCOA.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

(CONTINUACION)

LAZCANO.

De Villafranca á Lazcano el trayecto es bien corto, y sobre corto, encantador. El nombre de Lazcano es uno de los que más suenan en Guipúzcoa en la Edad Media. Amador de Lazcano era caudillo de los guipuzcoanos que acudieron á la memorable batalla del Salado, donde dieron larga y cumplida prueba de su valor é intrepidez. Juan de Lazcano no fué de los que menos se distinguieron en Nápoles á las órdenes del Gran Capitan, cuando tan difícil era sobresalir entre aquellos tercios, cuya invencibilidad proclama la historia. Lope García de Lazcano penetró en Navarra al frente de los hijos de esta provincia en una de aquellas malhadadas campañas en que nos combatimos quienes, por la unidad. de raza y lengua, debíamos mantenernos siempre unidos.

Pero la celebridad del apellido de Lazcano no nace de los ilustres

varones cuyos nombres acabamos de citar. La trae de las luchas de oñacinos y gamboinos, en las cuales tuvo la casa de Lazcano parte principalísima como cabeza del bando oñacino. El libro en que Lope García de Salazar narró, con ingenuidad que suspende y maravilla, las guerras con que aquellos bandos trajeron conturbado el país, encierra multitud de noticias relativas á la casa de Lazcano.

El solar y linaje de Lazcano era cabeza y mayor del linaje de Oñaz, y el más rico de rentas de toda Guipúzcoa, segun el célebre autor de las *Bienandanzas e fortunas*. Los antecesores de esta familia de Lazcano que poblaron el solar de su nombre, fueron nietos de Martín López de Murua, que fué el comienzo del linaje de Oñaz. El primer Lazcano de quien hay más memoria fué Juan López de Lazcano. Dejó tres hijos, el mayor de los cuales heredó el solar de su padre, y lo acrecentó, y tuvo un hijo, que murió jóven en Castilla, criándose con el magnífico caballero Diego López de Estuñiga. Pasó la herencia del solar á una nieta de Miguel López, que casó con Oger de Amezqueta, de quien tuvo á Juan López de Lazcano, á Miguel y á Martín López. Y este Juan López fué—nos dice Lope García de Salazar—«ome para mucho, e valió más que ome de su linaje por su persona, e casó con fija de Juan Rois de Gauna, e tomó con ella la villa de Contrasta, e a Legira de Alva,¹ e otros heredamientos, e obo fijos en ella a Martín López, que fué criado del Condestable D. Alvaro de Luna, que valió mucho, e mataronlo los suyos, seyendo mozo de veintidos años, e a Juan de Lescano, e Oger de Lescano; e Juan de Lescano, que heredó el solar despues de muerto su padre, casó con fija de Iñigo Ortis de Stuniga de las Cuebas»... Juan Ruiz de Lazcano, hermano de Miguel López, heredó el solar de Murua, y su hijo Lope García de Lazcano casó á Loyola. Garcí López, hermano de Miguel López pobló el solar de Yarza en Guipúzcoa, y lo acrecentó y le dió valer é importancia.

De esta suerte vinieron los Lazcanos á enlazarse con todas las familias principales de Guipúzcoa, y por eso se vieron obligados á tomar parte capitalísima en las luchas de oñacinos y gamboinos, cáncer del solar euskaro en los siglos XIV y XV. No pueden leerse sin profunda y justificada indignacion, las noticias que López García de

(1) Supongo que debe referirse á Alegría de Alaba. Las malas trascripciones de nombres propios abundan en el libro de Lope García de Salazar, acaso por errores de copia.

Salazar nos trasmite, con la sencillez y frescura propia de las crónicas medio evales, acerca de aquellas funestas contiendas, que produjeron incalculables perjuicios al país, no siendo el menor de ellos el desvío y la desconsideracion que proclamaban para las artes de la paz y para toda suerte de trabajo honrado, tranquilo y civilizador. Parecía que vapores de sangre flotaban en la atmósfera, y que aspirándolos con fruicion aquellos orgullosos *Parientes mayores*, solo veían la felicidad y la dicha á través de una espesa nube de devastaciones y crueldades. Nada les detenía en su malhadado empeño: ni los lazos de familia, ni los ayes de los desgraciados, ni las provisiones de los Reyes, ni los acuerdos solemnes de la Hermandad guipuzcoana. Si por algun tiempo ponían tregua á sus miserables rencores, volvían de nuevo á la lucha con mayor enardecimiento que nunca, y los campos guipuzcoanos se teñían en la sangre de sus valerosos hijos. No fué escasa la representacion que en aquellos acontecimientos luctuosos tuvo la casa de Lazcano, llevada, no sólo por el ánsia de dominacion, sino también por el anhelo de no dejar sin satisfaccion condigna los agravios recibidos, y arrastrada por las corrientes que predominaban entre los de su tiempo y clase. Para contrarrestar esas corrientes se necesita en todas épocas un espíritu viril é independiente, despreocupado en grado sumo, y moderado por una educacion severa y rectamente dirigida, y no son estos espíritus los más numerosos en edad alguna.

No conviene, por femenil sentimentalismo, pasar en silencio aquellos sucesos, sino recordarlos con santo horror, y decision inquebrantable de evitar en lo sucesivo escenas semejantes.

Sangrientas y dolorosas sobremanera son las que la historia consigna en sus páginas, relativas á aquella explosion de mal contenidas ambiciones y torpes venganzas. Lope García de Salazar, cuyo nombre va íntimamente unido á la memoria de las luchas de que venimos hablando, de las cuales fué actor y cronista, nos describe en los siguientes términos el incendio de la casa de Lazcano, perpetrado por los gamboinos en el año de gracia de 1420. «En el año del Señor de 1420 años, salieron Fernando de Gamboa e Ladron de Valda, e los de Catames, e de Iraeta, e Achega, con todo el poder de los gamboanos, con una luna, la noche de Navidad, e travesando muchos montes evalles, llegaron en alborada en Lescano, que habia...¹ leguas; e quema-

(1) En el códice de la Academia de la Historia, reproducido en 1884 por D. Maximiliano Camaron, restaurador de la Biblioteca Nacional, está en blanco el numero de leguas.

ron la casa de Lescano, e saltó Juan López de Lescano de la cama en camison por una ventana al rio que va so la casa, e pasó á nado allende, e así escapó de la muerte; e mataron unos dies omes en la casa e a cerca della, e degollaron a Martin Lopes, su hermano, en los brazos de su madre, que era de doce años, e tornandose a donde habian salido, que eran toda comarca de Onis, dabanles en las espaldas e mataban muchos de ellos, e llegando sobre Aspeytia, saliolo al través Juan López Yarza con sus parientes, e mataron á Furtuno de Valda, hermano de Ladron de Valda, e otros muchos con el; en manera que antes que llegasen en su tierra dejaron muertos ciento cincuenta omes, e todas las armas, e asemilas, e cosas de arreo que habian lebado.»

La lucha revestia á ratos caracteres más odiosos todavía, y se dividían en bandos contrarios los miembros de una misma familia. Así ocurrió poco después de los sucesos que quedan relatados: surgieron discordias entre Juan López de Lazcano y Lope García de Loyola y Juan López de Yarza, no obstante el parentesco que les unía, porque á Juan López le parecía que no le prestaban el respetuoso acatamiento que le era debido. Para el mejor éxito de la lucha se alió á su enemigo Ladron de Balda, y con su poderosa ayuda puso cerco a la casa de Loyola, pero no pudo apoderarse de ella, por el espesor de sus paredes, contra las cuales resultaba inútil la lombarda de que se valió para su ataque. Entonces fueron sobre la casa de Yarza, y la derribaron, y causaron muchas muertes; y tal fué la impresion que esta conducta causó al mencionado Lope García de Loyola, que no hallando en el bando de Oñaz quien le socorriera, hizo treguas con Martin Ruiz de Gamboa, jurando mantenerse siempre unidos.

Cada año arreciaba el fragor de los combates, y los ánimos, embriagados por el pelear constante, huían de los beneficios de la paz. En 1446, Juan López de Lazcano y Ladron de Balda, que habian roto ya sus amistades, se encontraron en Zumarraga, donde se trabó una verdadera batalla, en que Ladron de Balda se llevó la peor parte, perdiendo setenta hombres de los suyos. Los oñacinos, comandados por Lazcano, no se aquietaron con la victoria obtenida, sino que se dirigieron á la villa de Azcoitia, que era del bando de Balda, y la quemaron.

Después de esto, el citado Juan López de Lazcano, y los de Loyola é Yarza combatieron contra Ladron de Balda y los de Zarauz é

Iraeta, con muerte de Martin Perez de Emparan, del bando de Oñaz, y Martin de Ibarra, del de Gamboa.

El pueblo clamaba contra aquel inútil derramamiento de sangre, y aquellos esfuerzos torpemente invertidos en luchas fratricidas, pero sus clamores y los acuerdos que en su virtud adoptaban las hermandades, no llegaban á tener la menor eficacia. Las pasiones excitadas de los *Parientes mayores* no escuchaban otras voces que las de guerra y muerte; crecía su audacia de año en año; y ni los rigores del invierno les amedrentaban, ni los recuerdos más apacibles y consoladores ejercían influjo ninguno en su ánimo. Ya hemos visto que la noche de Navidad fué la escogida por los gamboinos en el año de 1420, para prender fuego á la casa de Lazcano, y que en aquella santa noche, en que toda lengua cristiana repite las palabras angélicas «paz en la tierra á los hombres de buena voluntad», se encendía y recrudecía la guerra fratricida, y en vez de sentarse los miembros de una familia en torno del hogar para conmemorar el misterio sublime del Nacimiento del Niño-Dios, luchaban despiadadamente unos contra otros quienes llevaban en sus venas la misma sangre y hablaban el propio idioma. ¡Consecuencias desastrosas, pero lógicas, de la ambicion desenfrenada de mando y del olvido de la ley eterna de la justicia y del amor!

Corrían los tiempos, mas no asomaban en el horizonte señales precursoras de bonanza. En el año de 1447, Ladron de Balda, Pedro Ortiz de Zarauz y Martin Sanchez de Iraeta, con otros muchos del bando de Gamboa, pusieron cerco á la casa de Berastegui, en cuyo socorro vino Juan López de Lazcano, ayudado de algunos del linaje de Oñaz, y de Butron y de Mújica que le envió Gómez González de Butron. Trabóse la pelea cerca de la citada casa de Berastegui, y fueron vencidos los gamboinos, con muerte de más de ciento cuarenta, y apresamiento de doscientos que se refugiaron en una iglesia.

No por eso desmayaron los de Gamboa, sino que reforzadas sus huestes, que llegaron á sumar más de dos mil quinientos hombres bien armados, se encaminaron al año siguiente de 1448 á poner cerco á la casa de San Millán que es en Berastegui. Allí estaban entre los sitiadores los de Balda, los de Iraeta y los de Zarauz. Supo Juan López de Lazcano lo que ocurría, y se apresuró á reunir sus fuerzas para ir en socorro de la casa de San Millan. Acompañáronle varios de los principales caudillos del linaje de Oñaz, entre ellos el señor de Urtubi, el de Unzueta y el de Zaldibar. Sentaron sus reales cerca del campo en

que se hallaban fortificados los gamboinos, y así permanecieron algunos días, librándose de una y otra parte diversas escaramuzas, en que los oñacinos perdieron diez hombres, y se vieron obligados á encerrarse «en su real, e en esto salieron Juan Lopes de Lescano e el Señor de Urtubia en sendos caballos, e otros muchos de los suyos, e dieron en los Gamboynos, e ficieronlos dejar el campo, e encerraronlos en su real, e quedaron muertos dellos veinticuatro en el campo, e si no le mataran el caballo al Señor de Urtuvia morieran muchos mas, e dejaron muchas armas, e luego otro dia fesieron treguas, e se fueron de alli cada uno á sus tierras».¹

¡Tristemente memorable para Guipúzcoa aquel año de 1468! Entonces fué cuando D. Beltran de Guevara, señor de Oñate, quemó y arrasó totalmente la villa de Mondragon: entonces ocurrieron las sangrientas luchas de Artazubiagas y Curayas, y el mal adquirió por todos los ámbitos de la provincia extraordinario incremento. No había guájara ni risco donde no se pelease: allí donde alcanzaba el dominio de los Parientes mayores, allí llegaba tambien el furor de las guerras, y ni había seguridad en los caminos, ni los mismos pueblos podian tener á raya la sin igual audacia de los inquietos y turbulentos banderizos. Sin embargo, tanta fué la osadía de estos, y de tal manera se exasperaron con ella los ánimos de los que ansiaban la paz y tranquilidad, que unidas por un solo pensamiento las hermandades, decidieron cortar de raíz aquellos intolerables abusos, y se propusieron aplicar la segur al tronco del árbol maldito de la discordia. Y en el año de 1457, obtenida provision del Rey Enrique IV, allanaron las Casas-torres de los caudillos de ambos bandos, y extrañaron del país á los que resultaron más culpables en los pasados disturbios. Aquella medida fué provechosisima al país: se restableció la tranquilidad, volvió la gente á sus ordinarias faenas, los campos se cultivaron de nuevo, y á las escenas de desolacion y de muerte que por largo tiempo habian enlutado la tierra guipuzcoana, sucedieron los encantos verdaderamente inapreciables de la paz.

No al primer intento se consiguió la tranquilidad suspirada. La Real Provision de 1457 fué remate y coronamiento de una serie de disposiciones que, de ochenta años atrás, habian venido adoptándose en idéntico sentido. Ya el último dia de Febrero de 1379, siendo

(1) Lope García de Salazar. Las Bienandanzas é fortunas.

merino mayor de Guipúzcoa el esclarecido Pero Lopez de Ayala, se celebró en San Sebastian una importantísima Junta general, en la cual se promulgaron, entre otras, las siguientes Ordenanzas: «Que ningún vecino ni morador de las dichas villas é logares de la dicha tierra de Guipúzcoa nin de alguna de ellas, non entre en treguas algunas de los bandos de Oñaz et de Gamboa, nin de otros qualesquier escuderos de la dicha tierra; é si lo ficiere, que peche en pena al nuestro merino seiscientos maravedís... Que si los bandos de Oñaz é Gamboa, é otros algunos escuderos de la dicha tierra ovieren asonadas entre sí ó con otros, ningunos nin algunos de los dichos bandos que moraren en las dichas villas é logares de la dicha tierra non sean osados de ir á las dichas asonadas, nin á algunas de ellas con sus cuerpos, nin otrosi de les dar á los dichos escuderos, nin prestar armas, nin otra ayuda nin favor».

Ya hemos dicho que estas Ordenanzas, á pesar de haber sido confirmadas por el Rey D. Juan I en Burgos á 18 de Setiembre del mismo año de 1379, no surtieron los resultados que se apetecian.

Otro tanto ocurrió con las acordadas en la Junta general que, bajo la presidencia del célebre Dr. Gonzalo Moro, cuya memoria es impercedera en Guipúzcoa y Bizcaya, se verificó en el coro de la iglesia parroquial de San Salvador de Guetaria á 6 de Julio de 1397. Allí se recopiló y promulgó el famoso Cuaderno de las sesenta ordenanzas de la Hermandad guipuzcoana; pero la buena voluntad y el anhelo de paz de los Procuradores de los pueblos de nada servian ante la fuerza de que disponian los Parientes mayores, á los cuales favorecia no poco lo agreste y selvático del país, entonces mucho más fragoso que ahora, y más cubierto de bosques espesísimos, segun se desprende del número de fieras que se cazaban en puntos hoy convertidos en tierra labrantía, si hemos de dar crédito á partidas curiosísimas que constan en cuentas concejiles de los siglos XV y XVI.

No resultaban, sin embargo, inútiles todos aquellos acuerdos. Siempre contribuían á mostrar que no era única ni legítima la autoridad de los banderizos, y que para dominarlos y evitar días de duelo al solar guipuzcoano, bastaba el esfuerzo viril y mancomunado de las hermandades. Y las circunstancias trajeron de por sí este esfuerzo, cuando el orgullo y la soberbia de aquellos caudillos, amigos del tumulto y del desorden, llegó hasta desafiar á pueblos enteros, por medio

de carteles que fijaron en diversos sitios, á que midiesen sus fuerzas con ellos en uncombate.

Ya la reaccion no se hizo esperar entonces. Sacudieron los pueblos su letargo, buscaron apoyo en el Rey, que á su vez lo necesitaba de ellos, y como fruto de aquel generoso movimiento, vino la acertadísima medida de 1457, y á consecuencia de ella, el allanamiento de las casas-fuertes deLazcano, Olaso, Leizaur, San Millan, Murguia, Gairia, Ozaeta, Zaldibia, Astigarribia, Zarauz, Alcega, Achega y otras de menor importancia.

De allí en adelante fué más noble y simpático el papel que en la historia del país desempeñaron los señores de Lazcano, á quienes trataban de primos los Reyes de Nabarra y cuyo descendiente actual es el señor Duque del Infantado. Queda dicho que un hijo de esta casa se distinguió en Nápoles á las órdenes del Gran Capitan: no faltaron otros que demostraron su temple de alma defendiendo á la altiva y heroica Fuenterrabia, en uno de los varios sitios que en épocas diversas le pusieron los ejércitos de la vecina Francia. Y una hija de esta casa, D.^a María de Lazcano, fué, andando los tiempos, digna compañera del gran Almirante D. Antonio de Oquendo, cuyo nombre basta. Aquella ilustre señora, no menos noble por sus virtudes que por su elevada alcurnia, fundó en su pueblo de Lazcano dos conventos que aun subsisten: uno de religiosos carmelitas descalzos, en 1640: otro de monjas bernardas recoletas de la advocacion de Santa Ana, en 1650.

El Concejo de Lazcano perteneció desde tiempo inmemorial á la alcaldía mayor de Areria, de lacual se hace mencion en una escritura del año de 1027, relativa á la restauracion y dotacion de la Catedral de Pamplona. La vara de esta alcaldía la poseyeron los señores de la casa de Lazcano, hasta que quedó vacante por muerte de Martin Perez de Lazcano, y el Rey hizo merced de ella á Fortuño de Nunciabay.¹ Renunció este sus derechos en favor de los Concejos que constituían la alcaldía de Areria, y en su vista, y en atencion á la representacion elevada por las Juntas generales reunidas en Vergara en 1460, expidió el Rey D. Enrique IV á 12 de Marzo de 1461 un privilegio interesantísimo, por cuya virtud quedaban los pueblos facultados para poner la vara en manos de quien les pareciese, y evitar así las vejaciones á que pudiera dar lugar la circunstancia de estar vinculado en una sola familia el ejercicio de tan importante cargo.

(1) Acaso sea *Anunciabay*.

Ya desde el siglo XVI acá, pocos sucesos notables han ocurrido en Lazcano. Su deleitosa vega, atravesada por las aguas del cristalino Agaunza, parece hecha para mansion perenne de la paz. Cuando cruzaba yo por ella, despues de puesto el sol, una tarde de Julio último, agolpábanseme á la memoria los recuerdos de tantas y tantas funestas luchas de que habia sido teatro aquel lugar tan ameno y apacible, y al alzar mis ojos al azulado firmamento, y ver en él las primeras estrellas que tímidas resplandecian, vencidas aún por la tenue y moribunda claridad del crepúsculo, no pude menos de recordar las frases incomparables con que nuestro Fray Luis de Leon, en sus *Nombres de Cristo*, celebra la armonía misteriosa de una noche serena, y en ella ve una imagen de cuán amable cosa sea la paz. Repetiré las palabras del insigne agustino, á fin de cerrar con llave de oro estos desaliñados recuerdos, y dejar en el ánimo del lector, conturbado por la relacion de escenas de horror y sangre, una impresion final grata y dulcísima. Dice así el clásico escritor: «Cuando la razon no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender, cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo, que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan dello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como San Augustin breve y verdaderamente concluye, una orden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vicina, ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspecto diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera».

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se continuará)





POR GUIPÚZCOA.

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

(CONTINUACION)

ZALDIBIA.

No tiene ferro-carril, ni es lugar de tránsito para parte alguna. Hay que buscarlo, escondido entre los repliegues de la sierra de Aralar, á cuyo amparo se cobija. La carretera que de Villafranca conduce á Zaldibia muere en el mismo pueblo. Más allá, la montaña se yergue reina y señora de aquellos contornos, recordándonos la melancólica canturia de Petronila de Butron en la magistral *Amaya* de Villoslada:

En somo, somo la sierra
Se alza el peñon de Aralar....

Y en efecto, allí se alza imponente y gallardo, pretendiendo ostentar la diadema de soberano de estas montañas, que le disputan Aizgorri sobre Aranzazu, y las sierras de Urbasa y Andía por la parte de Navarra.

Zaldibia es un pueblo neta y característicamente euskalduna. Su situación es en extremo apacible: rodéanla por todas partes colinas cubiertas de bosques frondosos, las cuales parecen como peldaños de una gigante escalera que conduce á la cima de Aralar. Las faldas de

esta sierra mantienen numerosos rebaños de ganado lanar, y en los pastores que de ellos cuidan y en los labradores que habitan las caseñas que se ocultan á la sombra de magníficos robles ó se elevan sobre laderas cultivadas con esmero, pueden admirarse hoy todavía, á pesar de las vicisitudes de los tiempos y de la brecha que la invasion de nuevas costumbres va abriendo en el secular edificio de nuestra sólida constitucion social, los ejemplares más típicos y perfectos de la pacífica, patriarcal y santa democracia del pueblo bascongado.

Allí todo es euskarismo acendrado y puro. El silencio que reina en aquellas cañadas, solo se turba por el *aida* con que algun boyerizo pretende avivar el tardo andar de la pareja que va guiando. El riachuelo que corre paralelo á la carretera salta á ratos jugueton y bullicioso sobre guijas que la transparencia de las aguas permite distinguir con claridad, y á ratos se desliza manso y tímido, como si quisiera detenerse en medio de árboles y plantas que nacen á su orilla, y se contemplan en el espejo que forma la superficie del liquido elemento. Un pintor encontrará allí más de un asunto digno de ocupar su ingenio: hay un vetusto puentecillo, tapizado de hiedra, que está convidando á un paisajista para que lo traslade al lienzo.

La vida de aquellas gentes cuadra perfectamente al escenario en que se desarrolla, y á las tradiciones de Zaldibia. Euskaras son estas en alto grado: hasta el escudo de armas de la villa ostenta en bascuence una leyenda que dice así: *Zaldiz ta oñez*. No sabemos qué relacion puede tener esta leyenda con el nombre de la villa, y con los dos caballos que aparecen en el propio escudo, aunque parece evidente que la haya, si nos atenemos á que *Zaldi-bia* indica desde luego algo relativo á caballos (*zaldi*), acaso camino de caballos (*Zaldi-bidea* contraido *zaldi-bia*).

Siendo una mera colacion, se agregó Zaldibia á la vecindad de Villafranca, mediante escritura de concordia otorgada en 8 de Abril de 1399. Permaneció unido á Villafranca, aunque gozando de autonomía para lo administrativo y económico, hasta el año 1615, en que por Real Cédula de 13 de Febrero se le hizo merced del título de villa de por sí con la jurisdiccion civil y criminal, mero y mixto imperio. Desde entonces asistían sus representantes á las Juntas de Guipúzcoa, formando parte de diversas uniones, ya de la del rio Oria, ya de la llamada de Villafranca, ya de la de Atazalbea, hasta que en 1852 se disolvió esta; y Zaldibia tuvo representacion particular en nuestras gloriosas asambleas forales.

«El gobierno de Zaldibia, cuando no era más que una colación ó mera parroquia, dependía de un jurado, quien convocaba y presidía la junta general de vecinos, que intervenía en la administración económica y demás negocios del pueblo. Cuando en 1615 se eximió de Villafranca, constituyó un ayuntamiento cerrado compuesto de un alcalde ordinario, dos regidores y un síndico; á los cuales se aumentaron dos diputados del comun y un personero, en virtud de lo ordenado en el auto acordado de 5 de Mayo de 1766».¹ Hoy se rige con arreglo á la Ley general.

Zaldibia cuenta, como todos los pueblos de este país, con una iglesia capaz y bien atendida; pero nada de notable ofrece bajo el aspecto artístico.

Tiene esta villa, entre los hijos que de su seno han salido, algunos que son honra de la literatura euskara. Uno de ellos, D. Francisco Ignacio de Jauregui, escribió en bascuence un *Via-Crucis*, acerca del cual cedo la palabra á mi llorado amigo el inolvidable D. José Manterola, que al dar cabida en las páginas de la EUSKAL-ERRIA² á aquel hermoso trozo de literatura ascética, decia lo siguiente:

«Entre los muchos *Via-Crucis* escritos en lengua euskara, no conocemos ninguno tan notable como el que escribió un ilustrado sacerdote, D. Francisco Ignacio de Jauregui, Beneficiado de Zaldibia, patria de bascófilos tan notables como Iztueta y Lardizabal, y que fué impreso por vez primera en San Sebastian el año 1844.

»Su bascuence es puro y gallardo, la dición tan hermosa como afluente, los giros verdaderamente euskaros, y la pintura de los dolores de Jesús y de su Santa Madre en el Calvario está hecha de mano maestra.

»El *Via-Crucis* del Sr. Jauregui es, pues, notabilísimo por todos conceptos, y creemos prestar un servicio á las letras bascongadas reimprimiéndolo de nuevo y dándole cabida en las páginas de la EUSKAL-ERRIA entre los originales propios de Semana Santa».

Ya en los párrafos transcritos se citan los nombres de los otros dos bascófilos, á cuya memoria me propongo dedicar algunas líneas.

Juan Ignacio de Iztueta y Echeverria nació en Zaldibia á 29 de Noviembre de 1767. Murió en la misma villa (y no en Mondragon, como indica Mr. Vinson en su *Essai d' une bibliographie de la langue*

(1) Gorosabel.—Diccionario histórico-geográfico-descriptivo de Guipúzcoa.

(2) Tomo VIII.—1883.

basque), á los diez y ocho días del mes de Agosto del año de 1845. Fué Iztueta, según los que personalmente le conocieron, bajo de estatura, de color sano y ojos vivos, y un buen humor inalterable: sus maneras eran muy suaves, su lenguaje dulcísimo, como lo revela el mote de *Churi* (blanco) con que le distinguían sus coetáneos, y le distinguen todavía quienes le alcanzaron en vida, y quienes de él no han alcanzado otra cosa que el recuerdo. De pocos hombres puede decirse como de Iztueta que estaba plena y absolutamente identificado con los sentimientos de la raza euskara. El amor á esta, á sus hábitos y á sus instituciones, era en él vehementísimo: ese amor le hizo escritor, y le impuso peregrinaciones á través del solar euskaro, para ir aprendiendo del pueblo los más expresivos modos de decir y los giros más característicos y olvidados, y traerlos en sus libros á más lozana juventud y vida. Solo así se comprende la sin igual afluencia de dición de Iztueta: aquella vena pródiga é inexhausta que en su prosa admiramos. El bascuense se pliega dócilmente á todos los matices de su pensamiento: nuestro milenarismo idioma, rebelde y duro para quien no ha penetrado en sus entrañas, es para Iztueta á manera de ductilísima cera que recibe todos los sellos. Hay en la *Kondaira* de Guipúzcoa del bascófilo zaldibiano párrafos cuya contextura es de una perfección insuperable. La misma abundancia de dición, la misma facilidad de su estilo, le hacen en no pocas ocasiones redundante y amplificador, y propende á diluir la idea en una serie de matices que le quitan mucho de su relieve; pero, sin embargo, cuando trata de lo más íntimo y esencial de la vida euskara, su palabra adquiere desusado vigor y energía, y al ver el abandono en que muchos euskaldunak tenían en su tiempo al bascuense, rasgo genuino y manifestación elocuente de nuestro carácter étnico, exclama con aliento de profeta: «*Fueroak beren oñean irozotzeko kirtenik irmeena eta euskarririk seguruena da Euskarazko itzkuntzari ondo kontu egitea, zergaitik alkarri laztandurik arras itsatchiak arkitzen diran, batak bestea ezin laga dezakean moduan. Euskara ill ezkeru Fueroak ez dira biziko; bañan Euskara bizi bada, Fueroak piztuko dira. Fueroak nai dituanak, maite izan bear du Euskara; eta Euskara maite dabenak, Euskaldunai Euskaraz bear die itzegin ta adierazo, berai dagozkieten gauzaguzti guztiak. Bestela, zapuztuko da Euskara, muišinduko dira Euskaldunak, eta iges-egingo dute Fueroak.*»

El nombre de Iztueta es popularísimo en la Euskal-erria, pero por

amarga ironía de la suerte, su fama no se funda en lo que él tenía más digno de pasar á la posteridad. Considérasele como un inteligente director de comparsas de baile, como un aficionado á las letras bascongadas, cuando, si se le estudia con detencion, Iztueta es, á pesar de la modestia de su posicion social, una de las personalidades más típicas y salientes de la literatura euskara, poeta sincero y felicísimo en uno de los momentos de su vida, y en toda ella, más que amante, casi idólatra de los usos y costumbres de su tierra, de los cuales habia hecho algo así como substancia de su espíritu. No es extraño que la posteridad no haya sido del todo justa con Iztueta: hay prejuicios y preocupaciones que impiden ver con claridad las cosas, y no son pocas las personas que á quien no ha cursado una carrera literaria ó científica juzgan incapaz de desplegar sus facultades intelectuales con libertad y brío. Iztueta era marraguero de profesion: despues fué empleado de puertas en San Sebastian. ¿Cómo hacer creer á algunos espíritus superficiales que un pobre marraguero, que un triste empleado de puertas, que un organizador y director de bailes euskaros, puede ser tambien escritor fácil, suelto y gallardo, rico de donaires y maestro en el manejo de su idioma, poeta inspirado y sentido, tal, en suma, que merece figurar en toda historia de las letras bascongadas? Y sin embargo, nada más cierto. Su historia de los bailes de Guipúzcoa (*Gipuzkoako dantza gogoangarrien kondaira*) publicada en San Sebastian el año 1824, y que más que historia es descripcion puntual y minuciosa de las graves y alegóricas danzas de este país, revela en él dotes no comunes de escritor público. Aumentaron estas con los años y con la aficion asidua é indeficiente al estudio, y su obra póstuma *Gipuzkoako kondaira*¹ constituye la mejor corona de aquella vida laboriosa y apacible consagrada por entero al solar euskalduna. Nada vale esta última obra como historia: fabulosa en no pocos pasajes, crédula en demasía como su autor, medrado se verá quien la consulte para la resolucion de un punto dudoso ó controvertido de la vida de Guipúzcoa; pero lo que le falta como historia, le sobra como texto de lengua, como espejo de buen decir. Yo no me canso nunca de leer varios trozos de este libro: siempre encuentro en ellos algo nuevo que admirar y que aprender. ¡Con qué pintoresca animacion describe en uno de sus capítulos las diversiones propias de nuestra gente de campo: sus apuestas en la plaza pública, donde se congrega multitud de labradores á

(1) Se publicó en San Sebastian en 1847.

presenciar las proezas de un hábil leñador ó de un diestro jugador de barra! Para ser gran escritor de costumbres bascongadas, Iztueta atesoraba dos cualidades esencialísimas: las conocía profundamente, y las amaba en la misma medida que las conocía. Por eso no estimaba él los bailes de este país como mera diversion: los consideraba formando parte de la organizacion íntima de la vida euskara, y veía en ellos rasgos característicos de nuestra personalidad étnica. Dió prueba de ello al consagrar sus últimos dias á la organizacion y direccion de una comparsa de bailarines, que habia de ejecutar sus regulados movimientos ante la Real Familia, residente á la sazón en Mondragon. Iztueta pasaba ya de los setenta años: su energía moral era grande, pero sus fuerzas físicas habian venido á menos, y no pudo vencer la fatiga que le produjo el adiestrar en el baile á un grupo de jóvenes que, bajo su direccion, ensayaba por mañana y tarde, frente á su casa de *Kapagindegi*, las evoluciones que habia de practicar ante las Reales Personas. Iztueta cayó enfermo, y no pudo acompañar á sus chicos á Mondragon; pero su espíritu no se separó de ellos, y cuando ya, próximo á la muerte que se acercaba por momentos, sentía apagarse en sí el aliento vital, dijo al bondadoso sacerdote que en aquellos supremos instantes le auxiliaba á morir en el ósculo del Señor: *Ondo gera: mutilen berri onak ditugu*. (Estamos bien; hay buenas noticias de los muchachos). ¡Envidiable tranquilidad de espíritu, propia de quien no sintió su alma conturbada por desatentadas ambiciones!

No me parece fuera de lugar referir otro detalle que demuestra la pasión ardiente en que Iztueta se abrasaba por su tierra. Cuando escribió su historia de Guipúzcoa, cuyo original, de puño y letra del autor, se conserva en la Biblioteca de la Diputacion de esta provincia, tenia ya, por su avanzada edad, el pulso tembloroso y alteradísimo; mas no por eso desistió el entusiasta bascófilo zaldibiano de su generoso empeño; y para calmar algo aquella excitacion constante de su pulso, bañaba la mano en agua fria antes de ponerse á escribir.¹

Ya he dicho antes que Iztueta fué poeta felicísimo en uno de los momentos de su vida, aquel en que escribió su tiernísima composicion

(1) Debo esta noticia y los datos concernientes á los últimos momentos de Iztueta al respetable sacerdote D. José María de Lardizabal, anciano octogenario, cuyo rostro sonrosado y orlado por blanquísima cabellera, es espejo de alma pura y candorosa. El Sr. Lardizabal, hermano del distinguido euskarista D. Francisco Ignacio, ayudó á bien morir al celebrado autor de *Gipuzkoako kondaira*.

Konchesi. Bastaría el primer verso que dice: *Maite bat maitatzen det maitagarria*, para acreditar de poeta á su autor. Ese verso, verdaderamente intraducible, henchido de profundo sentimiento y sin igual dulzura, ha sido hasta hoy objeto de infinitas variaciones, todas inferiores al modelo, segun mi opinion. Quien aquello sintió y aquello, escribió, era poeta. Sin serlo, sin penetrar por intuicion los tesoros poéticos que yacen latentes en las entrañas de todo idioma, no hubiera podido Iztueta dar con aquella expresion tan hermosa, tan feliz, tan *única* en la situacion en que se encontraba su alma. Tiene *Konchesi* un carácter intensamente lírico: la nota personal domina en ella, y el espíritu de Iztueta vibra en cada una de las sencillas y apasionadas frases de que se vale para dar vado á sus sentimientos más íntimos. Ni una imágen, ni un apóstrofe se ha escrito por mera exornacion retórica: todo es *vivido*, todo ello ha pasado por el alma del cantor, antes de fijarse en el papel. Yo no ocultaré los prosaísmos de que á ratos adolece esta bellísima poesia, ni la falta de cadencia que se nota en algunos versos flojos y hasta mal rimados; pero todo esto no obsta al mérito innegable de esa modesta flor del Parnaso euskaro. El acicalamiento, en el estado en que se hallaba Iztueta cuando lanzó aquellos apasionados ayes, templados por la suave luz de la esperanza, supondria falta de naturalidad; y lo que no es natural, lo que no es sincero, nunca puede ser artístico. Ya lo he dicho antes; la personalidad de Iztueta se desborda de las amorosas estrofas de *Konchesi*: la impresion cercana presta á su estilo vehemencia, animacion y vida, y le dicta frases que ningun rebuscador de imágenes podrá imitar jamás. No cabe mayor sencillez é ingenuidad que la usada por Iztueta para pintar la lobreguez de la prision en que estuvo encerrado:

Egunaz argi guchi, gaubean illun...

¿A qué enumerar conceptos, ni amontonar imágenes, si con toda la pompa y lujo de diction de que se haga gala, no se ha de conseguir exceder ni alcanzar siquiera al efecto producido por ese brevísimo rasgo, casi fugitivo?

De buena gana continuaria dando rienda suelta al entusiasmo que me infunde la melancólica ternura y la sencillez inimitable de *Konchesi*; pero es menester dar fin á estos apuntes, no sin consignar que los demás versos que de Iztueta conocemos son muy inferiores, y no merecen en justicia otra calificacion que la de prosa rimada.

Pero ¡feliz mil veces quien en un momento de su vida sintió de

veras, y acertó á expresar artística y adecuadamente lo que sintió! Nadie que tenga calor de alma negará á ese el título de poeta, ni le preguntará por la cantidad, sino por la calidad de sus versos. ¡Cuántos nombres hay en la literatura universal, célebres por *una sola* poesía! La *Elegía en el cementerio de una aldea* ha bastado para inmortalizar la memoria del inglés Gray, como las *Hojas caídas* la del francés Millevoye, como la *Cancion á las ruinas de Itálica* la del español Rodrigo Caro, como seria suficiente á la fama del Doctor Larralde su tierna, conmovedora y dulcísima poesía *Ama aurrari seaskan loakartzen*, una de las más bellas que se hayan escrito jamás en lengua bascongada. Seamos justos, y agreguemos á esta serie de nombres el de Juan Ignacio de Iztueta.

Muy superior á este por la extension y variedad de sus estudios era su conterráneo D. Francisco Ignacio de Lardizabal, Beneficiado de la iglesia parroquial de Zaldibia. Fué autor de una apreciable *Gramática bascongada* y de un libro euskaro popularísimo: *Testamentu zarreko eta berriko kondaira*. No está la Gramática á la altura de la moderna ciencia filológica, ni eran esas las pretensiones de Lardizabal; pero, con todo, ha prestado servicios muy estimables y positivos á la euskarología. *Testamentu zarreko eta berriko kondaira* se distingue por la extremada limpieza y pulcritud de su prosa: atesora la que podemos llamar perfeccion negativa del estilo, aquella que consiste en la carencia de todo defecto, cuidadosamente evitado. Pero aparte esta virtud externa, está muy lejos de poseer la abundancia y riqueza que, á la continua y sin desmayo, se notan en el lenguaje afluente de Iztueta. Me ha asegurado persona allegada á ambos, que del modesto panegirista de nuestros antiquísimos bailes, adquirió Lardizabal el buen sabor de su prosa, castiza y pura siempre, pero no pudo prestarle Iztueta aquel entusiasmo suyo, tan simpático y exuberante, que circula raudo y copioso por todos sus escritos, infundiendo á estos la lumbré generosa de la vida, sin la cual la obra mejor y más primorosamente ejecutada no puede aspirar á los honores de la inmortalidad,

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Se continuará)

